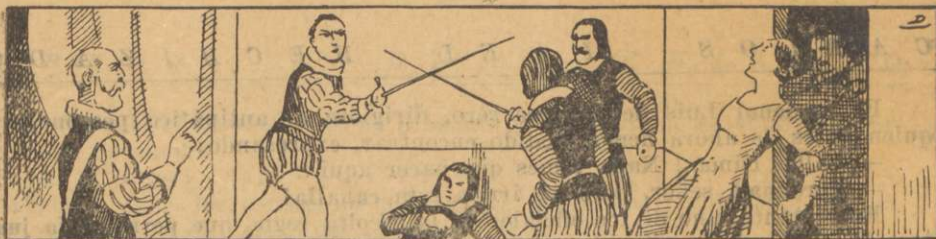


# CARLOS II EL HECHIZADO

## O LA CRUELDAD DEL SANTO OFICIO







### CAPITULO III

## EL INQUISIDOR Y EL REY

I: LA PUERTA SECRETA.—II: LA ANTECAMARA DE LA REINA.—III: COMPLICIDAD.  
IV: EL CONFESOR DERROTADO.

### I

#### LA PUERTA SECRETA

El duque de Medinasidonia, llevado por un espíritu de soberbia, acababa de ordenar a los soldados que prendieran a su propio hijo. Nada creía arriesgar al disponerlo así, porque sobre Alonso no pesaba la fatal acusación que sobre Carlota.

La mirada con que respondió a la que hubo de dirigirle Portocarrero expresaba con bastante elocuencia aquel pensamiento. Todo se reduciría a desarmar al valeroso joven y encerrarle después en el cuerpo de guardia hasta que más tarde, cuando hubiese pasado la nerviosidad de los primeros momentos, el propio duque pudiese dominar y vencer aquella espontaneidad, Portocarrero, que comprendió cuanto el cortesano quiso decirle, quedó impasible, demostrando que únicamente los sucesos que habrían de producirse, llegarían a convencerle en tal caso de la verdad de aquellos pensamientos.

Entre tanto los corchetes habíanse lanzado sobre Alonso, pretendiendo detenerlo, pero el enamorado de Carlota, que no había perdido su presencia de ánimo, jugó la espada y desarmó a uno de los esbirros, hiriendo a otro.

—¡Acercaos si podéis, canalla! ¡Juro a Dios que aún delante del mismo rey he de tenderos como a perros rabiosos si osáis poner una mano sobre mí!

Los corchetes, gente mercenaria a la que imponía la resuelta actitud de Alonso, quedaron indecisos unos instantes, y antes de que el viejo duque repitiera la orden, una voz cascada que se dirigía a los esbirros, reprochándolos, resonó en la estancia:

—¡Granujas! ¿No habéis escuchado al señor duque o es que olvidasteis ya las órdenes de monseñor?

Todos, incluso Alonso, volvieron los ojos al que así hablaba. Era éste un personaje encorvado, de pupilas grises y diminutas, y en cuya calva cabeza tan sólo podían descubrirse unos retorcidos tufos de ceniciento cabello sobre las sienas.

Tenía el rostro palidísimo y bajo la ganchuda nariz abríase una enorme boca que, al reír con extraña y espantosa expresión, dejó ver dos hileras de dientes blanquísimos, impropios de la edad ya muy avanzada, por lo menos en apariencia, de quien los poseía.

El cardenal Luis de Portocarrero, dirigióse al antipático personaje a quien antes de ahora hemos podido encontrar, expresando:

—¡Calla, Dimas! Nada tienes que hacer aquí...

—¡Perdonad, señor, pero me irrita esta canalla!

Entre tanto, uno de los oficiales de la escolta regia, que permanecía junto a la puerta de la estancia, recibió una significativa mirada de Portocarrero y desapareció inmediatamente.

Cuanto acabamos de relatar había sucedido en muy pocos segundos y, por lo tanto, en menos tiempo del necesario para referirlo.

Carlota no podía dudar que tanto ella como Alonso, estaban perdidos, pero la decisión del enamorado joven habiale dado algunos alientos y a través de las lágrimas que cubrían sus ojos, una luz vivísima de absurda esperanza brillaba en sus pupilas.

Ante el nuevo ataque de los esbirros Alonso retrocedía, defendiéndose, hacia uno de los muros de la estancia, y tras él retrocedía también Carlota.

Difícil hubiera sido predecir el final de aquella violenta escena si un suceso extraordinario no hubiese venido a modificarla.

Las estocadas y los mandobles llovían sobre Alonso y Carlota, temiendo al fin por la vida del enamorado, exclamó:

—Es inútil. Te vencerán, arrancándote la vida. Dios sabe que soy inocente y nos salvará. Ríndete y entrega la espada.

—¡Nunca!—rugió Alvaro, mientras, tirándose a fondo, derribaba, atravesándolo, a otro de sus numerosos enemigos.

Retrocediendo había llegado Carlota a chocar con su cuerpo en uno de los muros de la estancia, y en el instante en que esto sucedía, la pared abierta misteriosamente, dejó paso a unos brazos que, rápidos, tiraron de la mu-chacha, enlazándola por la cintura.

De la garganta de la joven dama de la reina, escapóse un grito de angustia, y de los labios de Alonso una maldición. Quiso el caballero impedir el misterioso rapto, pero antes de que pudiera lograrlo, el lienzo de la pared tornó a cerrarse. Carlota había desaparecido y, entre tanto, los corchetes, atacando por la espalda al valeroso joven, le derribaron, maniatándole.

—¡Cobardes! ¡Solamente así!—barbotó Alonso.

Luego, como si adivinara que Portocarrero había ordenado el misterioso rapto de Carlota, clavó en el consejero sus pupilas, añadiendo:

—¡Maldita corte, que sólo encierra traidores y cobardes!

El cardenal, por toda respuesta, dejó escapar una fría sonrisa y el duque de Medinasidonia ordenó a los corchetes que incorporaran al maniatado joven.

—No hables de traiciones—dijo luego, dirigiéndose a su hijo—. Para dominar a un rebelde como tú, son buenos todos los medios.

—¿Qué habéis hecho de Carlota?

—Poco puede importarte. Piensa en tu suerte y llámala desdicha.

—¡Carlota ha defendido a la reina de España! Carlota es inocente.

—La inquisición tratará de averiguarlo.

—¡La inquisición!—exclamó Alonso, aterrado—. ¿Y sois vos? ¿Eres tu, padre, quien la envía? Y si yo os dijera...

—¡Silencio!—interrumpió Portocarrero, saliendo de su impasibilidad y avanzando unos pasos hacia el prisionero.

—¡No callaré!—replicó Alonso—. ¡Queréis matar a la reina! Vos, cardenal maldito por Dios y por los hombres!

—¡Estáis loco y os haré poner una mordaza!

—Ordenadlo si queréis, pero os prometo no callar si no es el rey en persona quien lo manda.

—¡S. M. el rey!

Abrieron calle los cortesanos y la figura negra, casi fantasmal del monarca, apareció en el umbral del aposento.

Los cortesanos inclinaron sus frentes y Alonso Pérez hincó en el pavimento su rodilla derecha, exclamando:

—¡Señor! Dios os trae para auxiliarme.

Carlos II acercóse más al preso, y al advertir sus manos amarradas, con extraña energía impropia de sus actitud, interrogó:

—¿Quién se ha permitido amarrar de este modo a un oficial de mi guardia?

Alonso no respondió. Hubo unos segundos de embarazoso silencio y, por fin, el duque de Medinasidonia pronunció, sin alzar los ojos:

—Yo mismo, señor. Quiso defender a la que intentó envenenar a la reina, mi señora.

—Soltadle al punto. Un caballero puede defender a una dâma sin perjuicio de que las leyes le castiguen. Tú, Medinasidonia, entrega tu espada.

—¡Majestad!

—Quedas prisionero.

Portocarrero alzó la frente y sus manos extendiéronse hacia el viejo duque.

—¡Señor!—exclamó, asombrado.

En aquel instante, a la espalda del rey, cruzados sus brazos sobre el pecho, apareció Mendoza, el inquisidor general, que lanzó a Portocarrero una terrible mirada de reto y amenaza.

## II

### LA ANTECAMARA DE LA REINA

Carlos II, sin esperar que Alonso, que permanecía rodilla en tierra, le expresara su agradecimiento, había salido de la estancia. Tras él caminaba el inquisidor y el duque de Medinasidonia acababa de entregar su espada a un oficial, mientras que Portocarrero, acercándosele, pronunciaba, antes de seguir al monarca:

—¡Confiad en mí y no apuraros!

El duque quedó rodeado por su escolta y el oficial que debía conducirlo, exclamó:

—Cuando gustéis.

Entonces se alzó Alonso, que despertaba en aquel instante de su aturdimiento, y aproximóse a su padre:

—Mi vida es vuestra. ¡Disponed!

El duque, sin responder y sin mirar al joven caballero pronunció dirigiéndose al oficial:

—Estoy a vuestras órdenes.

La pequeña comitiva salió por fin de la estancia, y en ésta quedó solo Alonso Pérez.

—Es preciso obrar—se dijo Alonso—. Obrar sin perder un segundo, pero ¿de qué manera?... Carlota prisionera en la Inquisición y mi padre prisionero del rey y en las uñas del inquisidor.

Nervioso, quiso atravesar con sus miradas la espesa sombra del aposento. Tan sólo el ventanal se le ofrecía como medio más seguro para salir de palacio, pero...

—Subir ha sido relativamente fácil, pero bajar resultará muy difícil. ¡Quién sabe si, a pesar de lo sucedido, abajo esperan para prenderme! El rey me ha devuelto la libertad, pero el rey... ¡no manda!

La estancia en que se hallaba Alonso, además de la puerta secreta por donde Carlota fué raptada, tenía otras dos normales, una que correspondía a la cámara de la reina y otra que comunicaba con un pasillo.

Dirigióse el joven caballero en aquella dirección, pero la puerta de la antecámara que comunicaba con el corredor estaba cerrada.

Era imposible elegir la que conducía a la cámara de la reina y, por lo tanto, tan sólo quedaba el ventanal como arriesgada salida practicable.

La impaciencia de Alonso por intentar la salvación de Carlota le decidió al fin a saltar por la ventana, cuyo cristal él mismo había destrozado. Iba a realizarlo así, cuando, en la cámara de María Luisa escuchó la conversación apresurada, angustiosa de dos mujeres. Por la voz reconoció a la reina.

—La otra—pensó—será alguna dama de servicio. Salgamos; Carlota y mi padre me necesitan.

En aquel instante, la puerta que comunicaba con la cámara de la reina se abrió súbitamente y una mujer apareció en el umbral del aposento.

Alonso no tuvo tiempo de emprender su proyectada fuga. Tampoco pudo ocultarse. Un torrente de luz iluminó toda su figura.

### III

#### COMPLICIDAD

Para que el lector pueda comprender fácilmente los acontecimientos que en lo sucesivo han de producirse, preciso es retroceder al instante en que el inquisidor Mendoza quedó a solas con el almirante de Castilla, en su celda, luego de haber comisionado al padre Pascual para enviar los corchetes solicitados por el cardenal Portocarrero.

Mendoza quedó unos instantes pensativo y después, alzando la frente, interrogó a Melgar:

—¿Vos creéis, en efecto, culpable a esa muchacha?

—No me atrevo a responderos afirmativamente. Mejor os diré que no lo creo, pero comprendo que las apariencias habrán debido condenarla.

—De todas maneras, debe venir a la Inquisición.

—¿Monseñor sabe que Carlota es una verdadera belleza?

—Señor conde de Melgar. ¿Qué significa esa pregunta?

—No molestaros, señor inquisidor. La muchacha es plebeya y guapa. Además es lista, inteligente.

—¿Y qué?

—¿Por qué no podrías aprovecharla como un auxiliar magnífico? Ya veis que el fondo de mi pregunta no podía ser más inocente.

—Corréis demasiado. Antes necesitamos orientarnos... y Carlota es la única mujer cuya verdad debe ser creída.

—¿Entonces suponéis que Mariana de Austria?...

—Permitid, monseñor, que no pronuncie nombres. Es una costumbre peligrosa de la que juré apartarme radicalmente.

—Si no queréis señalar...

—¡No! Las manos imprudentes que señalan suelen ser cortadas.

—Bien está. Guardad silencio si os place, pero escuchad y avizorad lo que podáis. ¿A esto podéis comprometeros?

—Vos me lo mandáis, monseñor, y proseguiré obedeciendo.

—Precisamente nos hallamos en los momentos más críticos. Por mi parte no puedo abandonar al rey y vos debéis hallaros cerca de la reina madre.

—¿Son esas vuestras órdenes?

—Que debéis cumplir sin perder un segundo.

—Según he podido entender vais a Palacio...

—En efecto.

—Llevamos, pues, el mismo camino.

—Pero no iremos juntos. La gente ve y comenta y aun en plena noche nunca faltan ojos que ven y oídos que escuchan. Supongo que Mariana de Austria no recela lo más mínimo de nuestra inteligencia.

—¡En absoluto!

—¿Y Portocarrero?

—Ese... ya es otra cosa, monseñor. Dispone de un envidiable golpe de vista, y si no lo sabe, lo adivinará a la más pequeña imprudencia.

—Evitadlo entonces y procurad que la reina madre os reciba, sin falta, esta misma noche.

—¿Nos veremos?

—Al amanecer, en esta misma celda. ¿Conocéis la puerta del perdón?

—¿La inmediata a la iglesia?

—En efecto. Dirigíos allí. Conviene que vuestra visita sea poco conocida, y para ello el padre Pascual os esperará para indicaros el camino.

El conde de Melgar, que debía a la influencia de Mendoza el pingüe destino de Almirante de Castilla, inclinóse besando la mano del inquisidor y luego salió de la celda, abandonando, segundos más tarde la residencia del Santo Oficio.

Mientras lo hacía, el inquisidor Mendoza envolvióse en amplia capa y, cubriéndose con el felpudo sombrero de teja, seguía los pasos del Almirante.

El inquisidor caminaba apresuradamente. Advirtió que si no refrenaba su marcha pronto alcanzaría a su linajudo cómplice y entonces, dando un pequeño rodeo y pegando su cuerpo a las fachadas de los edificios, adelantóse al Conde, llegando a los umbrales del Alcázar. Antes de penetrar en Palacio, se detuvo; buscaba ansiosamente con la mirada y, por fin, descubrió una oscura figura que se destacaba de la sombra.

El aparecido avanzó cautelosamente hacia el inquisidor.

—¿Dónde estábais, padre Pascual?

—Vigilaba, monseñor.

—¿Qué ha sucedido?

—Cuando los corchetes llegaron a Palacio penetraron la mitad en el alcázar, quedando los demás vigilando.

—¿Y bien?...

—No sabemos de qué manera Alonso Pérez, librándose casi milagrosamente de las balas, penetró, ileso, en la antecámara de la reina.

—¿Para qué?

—Carlota Llorente había sido detenida en la citada estancia luego de su atentado y, al parecer, Alonso intentaba defenderla.

—Pero... ¿se conocen?

—Se adoran, monseñor...

—Y... ¿logró llegar hasta ella?

—En este momento lucha denodadamente con los corchetes del Santo Oficio y desobedece las órdenes de su padre. ¿No escucháis el ruido de las espadas?

—¿Y esto sucede en el interior de Palacio?  
 —¡Junto a la cámara de la reina!  
 —¿Ha intervenido el cardenal en la escena?  
 —Acaba de llegar un oficial con órdenes del presidente del Consejo de Castilla.

—¿Y esas órdenes?  
 —Penetrar por la puerta secreta, que sabéis existe en la antecámara y sacar por ella a Carlota.  
 —¿Lo habéis realizado?  
 —Dos de mis hombres lo realizan en estos instantes.  
 —Tan pronto salga esa muchacha del alcázar, conducidla a la Inquisición. La dejaréis en un calabozo de los más próximos a mi celda y aguardaréis mis órdenes.

Pronunciadas estas palabras los dos hombres se separaron y Mendoza descubrió en aquel momento al conde de Melgar, que penetraba en el Palacio. Esperó unos segundos y luego, ascendiendo por las amplias y blancas escaleras del alcázar, dirigióse apresurado a la cámara regia.

Carlos II acababa de despedir a Portocarrero, que había se apresurado a comunicarle el suceso. No quiso ir a la cámara de la reina, como todos los pobres de voluntad, suponía que alejándose moralmente de sus remordimientos, cerrando el pensamiento a cuanto a ellos podía referirse, quedaba en paz con sus culpas y tranquilizaba su conciencia.

El atentado que milagrosamente, al parecer, no pudo realizarse había caído sobre el pensamiento de Carlos como una tremenda culpa. Su conciencia luchaba con la superstición. Se trataba de un crimen... Pero ¿este crimen era necesario para la salvación de su alma?

En esto consistía la terrible duda y como un profundo temor le alejaba de tales pensamientos, despidió al consejero para sumirse en la más absoluta soledad.

No obstante, el rey no había de cumplir sus deseos. El padre Mendoza, por expresa orden del monarca, tenía libre entrada en la cámara regia y, por este motivo, nadie se atrevió a cortarle el paso.

Carlos II había cerrado los ojos y hundido estaba en su mullido sillón, cuando, en el umbral del aposento, resonó la voz del inquisidor:

—¡Majestad!  
 —No quiero recibir a nadie.  
 —¡Soy yo, majestad!

Aumentó la palidez del rey al reconocer al recién llegado que, resueltamente, avanzó hasta situarse a pocos pasos del monarca.

—¿Qué queréis, padre Mendoza?  
 —En el alcázar acaba de ocurrir un gravísimo suceso.  
 —Ya lo sé y he ordenado que prendan y os entreguen a la culpable.

Mendoza, cuya imaginación trabajaba velozmente, pensaba en aquellos instantes en Alonso Pérez. Tenía sus proyectos respecto a Carlota, pero el joven enamorado podría trastornarlos. Era preciso que la Inquisición cayera sobre él, pero secretamente, para evitar el comentario. Verdad que Alonso estaría preso a los pocos minutos, pero sería prisionero del rey, y no era esto lo que Mendoza necesitaba, ni aun recabar la orden de que el prisionero fuera trasladado a las cárceles del Santo Oficio. Esta medida sería tomada públicamente y la publicidad molestaba a los propósitos del inquisidor. Rápidamente formó su plan y mirando con absoluta fijeza al monarca, dejó escapar una sonrisa.

Carlos respondió a la mirada de Mendoza con otra en la que vivía una interrogación.

—¿Lo dudáis?

—No puedo dudar de la palabra de mi rey, pero siento tener que oponerme a sus afirmaciones.

—¿A cuáles?

—Habéis dicho, majestad, que deben entregarme a la culpable.

—Y así es, en efecto.

—¿A quién os referís? ¿A Carlota Llorente por ventura?

—Cierto. Así dicen que se llama esa desdichada mujer.

—Carlota, majestad, es inocente.

—¿Cómo lo sabéis?

—¡Me consta!

—¡Explicaos!

—El partido austríaco ha condenado a muerte a la reina.

Carlos apretó sus pálidas manos sobre los brazos del sillón. Algo quiso pronunciar porque sus labios temblaron, pero la voz no salió de su garganta. Mendoza prosiguió:

—¿Nada os ha dicho sobre el caso el padre Froilán, vuestro confesor?

—¡Nada!

—Perdonad, señor. Estoy seguro de que me ocultáis la verdad en este instante. En nombre de Dios os pido absoluta franqueza. ¿Qué os dijo el padre Froilán? ¿Qué os dijo vuestra augusta madre?

—¿Mi madre? ¿Acaso queréis acusarla?

—Líbreme Dios de semejante desatino, pero... ¿Nada os dijo el padre Froilán acerca de la muerte de María Luisa de Orleans?

—¡Sí! Hablamos, pero no aquí... En El Escorial.

—Lo suponía, señor. Ya veis como mis palabras tenían un motivo, una sospecha que se ha trocado en certidumbre. ¿Queréis relatarme esa entrevista?

—Padre Mendoza...

—Pensad, señor, que soy yo quien os lo pide; yo, que en vuestro reino represento a la justicia divina, que Dios puso luz en mi pensamiento y fuerza material en mi mano para combatir y deshacer la herejía; que soy omnipotente para dejar caer sobre las más altas dignidades el peso de mi justicia.

—No puedo, padre Mendoza.

—¿Por qué, majestad?

—Porque Dios lo prohíbe—respondió una voz junto al umbral del aposento.

#### IV

#### EL CONFESOR DERROTADO

Rápidamente giró el rostro el inquisidor y advirtió la figura encorvada del padre Froilán, que se destacaba confusamente entre las sombras densas en que se perdían los ángulos de la estancia.

—¿Vos?—exclamó sorprendido.

Carlos, que aparecía ridículamente acoquinado, perdido entre los dos hombres, que habían cambiado una mirada terrible, miró alternativamente al fraile y al sacerdote, sin atreverse a pronunciar una sola palabra.

El padre Froilán avanzó algunos pasos y con voz dulce, expresiva de una fingida y profunda serenidad, expresó, dirigiéndose a Mendoza:

—Necesitáis desarrollar, señor inquisidor, tantas energías para la violenta misión que os está encomendada, que ni aun en la presencia del rey sabéis refrenarla.

—¿Me acusáis, pare Froilán?

—Dios mismo os acusa. Queréis arrancar a nuestro señor una confidencia, olvidando que se trata de un secreto de confesión.

—No hay secretos, padre Froilán, cuando ellos sirven para encubrir una criminal ambición.

—El crimen no ha sido nuestro y la culpable...

—¡Mentís! La reina María Luisa está condenada por el Consejo de España, vendido al partido austriaco, y del que vos formáis parte.

—¡Blasfemáis!

—¿Os arteveréis a negarlo?

Disponíase el padre Froilán a formular su segunda mentira, cuando advirtió que las azules y semiapagadas pupilas de Carlos clavábanse en su rostro. Esta circunstancia le hizo vacilar un segundo, lo bastante para que Mendoza exclamara:

—¿Lo veis, padre Froilán? ¿Veis como el peso de vuestra conciencia os impide mentir de nuevo?

—¡He querido salvar al rey!

—Hundiéndole en un crimen horroroso.

—María Luisa representa la derrota de la Casa de Austria.

—María Luisa es la reina legítima de España y ¡ay del que ponga una mano sobre ella!

Súbitamente escucháronse unos golpes en la puerta del aposento y el padre Mendoza corrió hacia el umbral. Era un emisario de Medinasidonia.

Sin penetrar en la regia cámara, dirigióse al confesor del rey:

—El señor duque os pregunta qué debe hacer con el preso.

El inquisidor miró al monarca y el padre Froilán no se atrevió a responder.

Mendoza dijo al rey, tras una breve pausa:

—Se trata, señor, de Alonso Pérez. De un oficial de vuestra guardia.

—Sin embargo, si el duque lo ha detenido...

—Vos, señor, le pondréis en libertad y prenderéis al padre.

—¡Padre Mendoza!

—Ya sabéis, señor, que no está demás el consejo.

El padre Froilán alzó la frente y clavó su mirada en el inquisidor general. Este vió el rostro lívido del confesor del rey, y, tras una sonrisa desdeñosa, apremió al monarca:

—Vamos pronto, señor. Con tres palabras habréis roto sin duda una conspiración criminal.

Cuando salían, el padre Froilán alzó el brazo derecho y pronunció solememente:

—Juro por mi nombre que no tardarás en arrepentirte.

Minutos más tarde, y coincidiendo con la resuelta exclamación de Alonso Pérez, vimos como Carlos II, acompañado por el inquisidor, penetraba en la antecámara de la reina.



## CAPITULO IV

# I L BUFON DE LA REINA

I: UNA VIEJA CORTESANA.—II: EL ANILLO.—III: UN EXTRAÑO ENCUENTRO.  
IV: UN AMIGO ABNEGADO.

### I

#### UNA VIEJA CORTESANA

Extraño contraste formaba aquella casi desmantelada estancia situada en el piso más alto del Alcázar, con los espléndidos aposentos que en el mismo edificio daban justa fama de suntuosa a la Corte española. Pocos y anticuados muebles ocupaban la mísera estancia a que nos referimos; viejas cornacopias y lienzos tan oscuros que en ellos casi habíase perdido la figura, cubrían las paredes alternando con viejos y deshilachados reposteros.

Al fondo del pequeño salón a donde nos llevan las exigencias de nuestro relato, adviértese una bien tallada y honda chimenea de piedra.

Las rojas llamas como espíritus de sangre y de luz saltan, se apilan y recogen sobre los encendidos leños crepitantes y junto al hogar, arrellenada en hondo sillón y presa al parecer de profunda inquietud, adviértese a una dama de avanzada edad no obstante la energía espiritual que rebela su rostro y el brillo de las negras y profundas pupilas.

Sobre la chimenea, un gran reloj de esfera amarillenta y dorados amórcillos, que le sostienen, va marcando indiferente la carrera del tiempo, y la dama, lleva con frecuencia sus miradas hacia las negras manecillas que van devorando los instantes en implacable y mudo sacrificio.

—Han pasado las doce y Dimas no ha vuelto. ¿Qué habrá sucedido?

—Algo mejor de lo que teméis, señora—replicó el ayuda de cámara de Portocarrero apareciendo en el umbral de la desmantelada estancia.

—¡Dimas! Pasa, acércate. Ya sabes que te espero ansiosamente.

—Lo sé, señora, pero las circunstancias no me han permitido regresar antes. No hubiese querido impacientar a la noble Duquesa de Alburquerque.

—Olvida títulos y...

—Dimas nunca olvidará a la que fué compañera predilecta del gran Rey Felipe IV, y aunque los demás parecen olvidarla, la majestad de mi señor vive en vos y vivirá siempre.

—Díme, ¿qué has sabido de Alonso?

—Ha corrido un grave peligro, señora duquesa, pero tranquilizaos porque nada malo le sucede.

—Antes me dijiste que había penetrado en Palacio por una ventana  
—Y así fué en efecto. Si le hubierais visto batirse contra diez hombres y derrotarlos a todos valerosamente.

—¡Ah!... Defendiendo a Carlota. ¿No es eso?

—A no ser porque al diablo se le ocurrió intervenir, nadie se hubiese acercado a la muchacha.

—¿El diablo?

—Llámele Portocarrero su señoría y no se habrá equivocado.

—¿Qué hizo ese hombre?

—Mandar a los esbirros de la inquisición que robaran a Carlota por la puerta secreta de la antecámara.

—¡Desdichada!...

—Y entonces, Alonso...

—¿Qué? ¡Acaba!

—Fué preso por los corchetes y su propio padre ordenó que le amarraran las muñecas.

—¡Infame!

—Eso mismo pensé yo, señora, pero como me tenéis ordenado fingir un odio profundo hacia el enamorado de Carlota, yo mismo ayudé a los soldados para que cumpliesen la orden.

—¿Y tuviste fuerza para realizarlo?

—¿Qué remedio? La ocasión no podía ser más propicia sin perjuicio de que ahora diera mi vida entera para salvar la de nuestro hombre.

—Gracias, Dimas. Eres leal.

—El rey Felipe IV estrechó dos veces mi mano.

—Lo recuerdo. Aquel tiempo pasó y es preciso ocuparse de lo presente.

—¡Peste de intrigas!

—Estás muy tranquilo, Dimas. Eso me hace suponer que la prisión de Alonso quedó sin efecto.

—Así ha sido, señora, porque lo libertó el propio monarca.

—No lo entiendo.

—Ni yo, pero si os diré que el Rey Carlos ha obrado por consejo del Inquisidor General.

—¡Jesús!

—¿Os asustáis?

—Nada bueno puede venir de Mendoza. Alonso debe estar a etas horas más amenazado que nunca.

—¿Lo creéis así?

—Sin la menor duda. Corre, vigila Dimas, procura que Alonso burle el peligro.

—Quedó en la misma antecámara de la Reina y yo después de acompañar al Cardenal vine a daros cuenta del suceso.

—¿María Luisa?

—¡Pobre soberana! Luego de haber atentado contra su vida quedó sola. Sus damas de guardia, aprovechando una orden de la reina madre, se han retirado y el Rey no quiso visitarla. Lucha entre la Inquisición y el Cardenal y entre tanto la vida de una reina está a punto de ser sacrificada.

—¿Y tú crees que pudieran intentar un nuevo golpe esta misma noche?

—No me atrevería a negarlo.

—María Luisa no debe estar sola.

—Y sin embargo nadie puede pensar en traspasar el umbral de su cámara.

—Nadie menos yo.

—¿Vos, señora?—interrogó Dimas sorprendido.

—¿De qué te espantas? ¿Eres tú también de aquellos que sin respeto a la nieve de los años que ya cubre mis cabellos se atreven a desdeñar a la que dió su amor a Felipe IV?

—Os reverencio, señora. Vos amasteis mucho y mis nuevos señores antes que en el amor piensan en el asesinato. ¿Os recordará María Luisa por ventura

—Sí. Nos conocimos apenas llegó a la Corte.

—Es extraño.

—Al contrario, muy natural. María Luisa todavía no lloraba y existía en ella la ilusión de ser reina y Carlos no habría caído en la terrible tristeza y superstición que le devora.

—¿Y?...

—Cierta día corriendo la Reina tras Tatouner, el bufón que le cedió su tío Luis XIV, llegaron hasta los altos corredores del Alcázar. Tatouner había arrebatado una sarta de perlas y casi reptando—tiene las piernas tan cortas—avanzaba mientras reía estrepitosamente. María Luisa deseaba cogerle por las orejas pero al pasar junto a la puerta de este aposento resbaló y al chocar sobre la puerta ésta se abrió y nos encontramos.

—¿Y la Reina supo?...

—Todo. Ella y yo, la primer ay la última de la Corte lloramos y reímos juntas y cuando la Reina se marchó de este aposento fué sabiendo que la vieja querida del rey muerto, guardaba para ella un corazón nobilísimo.

—¿Y?...

—Juré ayudarla y es hoy cuando ha llegado el instante de cumplir mi juramento.

—Así pues... ¿iréis a su cámara?

—Hasta romper el día seré su compañera.

—Bella historia, vive Dios, señora Duquesa.

—¿Te permites jurar?

—No hagáis caso de un viejo que en más tiene la sinceridad que el disimulo.

—Dices bien. Ahora vete Dimas. Escucha y vela por don Alonso.

—Mucho estimáis a ese muchacho.

—¡Mucho! ¿Te mordió la curiosidad?

—¡Perdonadme!

—Vete Dimas. Hay cosas que tan sólo en el instante de morir pueden ser reveladas.

El ayuda de cámara del Cardenal inclinó la frente resignado, y luego de besar la rugosa mano de la Duquesa, salió de la estancia.

Dos minutos más tarde la vieja dama que había brillado con luz propia en la Corte galante de Felipe IV, descendía desde su cuchitril a la silenciosa cámara de la Reina.

## II

### EL ANILLO

María Luisa había escuchado con profundo espanto primero el chocar de las espadas, los lamentos de los heridos y las briosas palabras de Alonso. Luego llegó a sus oídos el grito de angustia lanzado por Carlota. Al escucharlo, corrió a la puerta que separaba su aposento de la antecámara y pudo percibir el chirriar de un oculto muelle metálico.

No supo a qué atribuir aquel sonido pero en tal instante apareció en la cámara Tatouner, el bufón que ya no reía y que patizambo pasaba triste por los corredores de palacio ensayando alguna nueva pirueta con la esperanza de que ella sirviera para despertar la hilaridad de su señora.

María Luisa clavó en el espantado bufón sus pupilas y Tatouner rezonó mientras echábase junto al sillón de la reina.

—La muerte anda rondando el palacio y brujas y diablos le acompañan.

—¿Qué significa ese ruido Tatouner?

—Que la inquisición tiene una mujer más y vos una dama menos.

—¿Qué dices?—interrogó la reina sacudiendo nerviosa al contrahecho.

—Que a Carlota se la llevan los diablos negros del Santo Oficio.

—¡No! ¡No lo conseguirán! ¡Carlota es inocente! ¡Diré quién quiso envenenarme. Lo diré a gritos!

—Y no adelantarás nada porque Carlota ha sido arrebatada por una puerta secreta de la antecámara y ya no está en Palacio.

—¡Ah! Entonces... ¿ese ruido?

—El resorte de la compuerta maldita. No es el primero que por ese camino ha tropezado con la muerte.

—¡Quiero que me ayudes Tatouner! ¿Me oyes? ¿Me entiendes? ¡Quiero que la salves o que me ayudes a salvarla!

—¿Salvarla? ¿Ayudarte a ti? ¿A la Reina?

—¡Corre idiota! ¡Corre! ¡Aún llegarás a tiempo! ¡Toma!

Y María Luisa sacando de uno de sus dedos un valioso anillo lo entregó al bufón.

—Ella conoce esa sortija. Dásela. Dile que creo en su inocencia. Que espere en su Reina, en su pobre Reina cercada por el peligro y por la muerte.

Y María Luisa sin poder reprimir su congoja dejóse caer en el amplio sillón situado junto a su lecho mientras Tatouner, luego de besar la fimbria de su vestido, salió de la regia cámara y a saltos fantásticos y ridículos llegó al portal del Alcázar y se perdió en las sombras densas de la noche.

Diez minutos después de suceder esta escena, una pesada carroza tirada por cuatro caballos negros, cuyos cascotes cubiertos por fuertes y a un tiempo blandas almohadillas, herían sin ruido las piedras de la calle, separábase del Alcázar y nuevamente escoltado dirigíase hacia las cárceles del Santo Oficio.

Carlota, que ocupaba el interior del coche, luchó inútilmente para escapar de las manos de sus raptores pero los esbirros hubieron de arrojarla violentamente al fondo del vehículo, asegurando luego las portezuelas para hacer imposible la fuga. Así hubo de comprobarlo la enamorada de Alonso Pérez cuando intentó saltar del carruaje.

Escuchaba las voces de los jinetes y el trote de los caballos que formaban la escolta y al convencerse de que todo intento de evasión resultaría inútil, un hondo suspiro se escapó de su pecho.

—Dadme la muerte Dios mío si es preciso que muera pero decid, inspirad a la Reina que soy inocente, que su maldición no me acompañe hasta los últimos momentos de mi vida y aún más allá de la muerte—imploró.

—La Reina lo sabe y no hace falta que nadie se lo diga.

Estas palabras resonaron misteriosamente bajo uno de los anchos asientos del vehículo.

Carlota a punto estuvo de lanzar un grito de angustia. Suponía estar sola en el interior del coche y pensó que acaso algún esbirro habíase escondido

en el carruaje para mayor seguridad. En pie y apoyada, casi pegada a una de las portezuelas miró al lugar donde la voz había resonado y entonces una leve exclamación de sorpresa se escapó de sus labios:

—¡Tatouner!

—¡Silencio! ¡No grites porque podrían descubrirme y todo estaría perdido. Siéntate y escucha sin mirarme por si nos espían. Me manda la Reina y yo la obedezco. No creas que tengo por ti el menor interés, damisela de los demonios. No puedo olvidar que en muchas ocasiones has tirado furiosamente de mis orejas.

Obedeció Tatouner y ya que el bufón la vió sentada sacó su brazo derecho de bajo el asiento y ofreció a Carlota la sortija de la Reina.

—¡Toma!

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, Reina mía!

—¡Calla! Conseguirás echarlo todo a perder.

—Dime Tatouner, ¿qué sabes de Alonso?

—Nada.

—¿Pero está preso?

—¡No lo sé!

—¡Mientes! ¡Dímelo!

—¡No quiero! Más tarde... Cuando le veas...

—¡Ah!

—¡Calla! Parece que se acercan los caballos.

Carlota que hablaba sin mirar a Tatouner y con la mirada inquieta saltando de una a otra portezuela del vehículo, confirmó la sospecha.

El bufón desapareció bajo el asiento mientras que la prisionera inclinaba el rostro para que las pupilas no delataran su esperanza.

El carruaje prosiguió su pesada marcha y media hora más tarde deteniábase junto al amplio portal del tenebroso edificio residencia del sanguinario tribunal.

La carroza penetró hasta el centro del amplio y húmedo patio. Algunos esbirros alzaban encendidas antorchas para iluminar la escena.

El padre Pascual dejó libre la salida del vehículo y dijo a Carlota:

—Ya llegamos, hermosa dama. Os espera vuestro aposento que si no es tan cómodo como el que tendríais en Palacio, bueno es para que en él esperéis el tormento.

Esta descendió del carruaje y apenas lo hubo realizado, dos esbirros sujetáronla por los brazos.

—¿Dónde?—interrogó uno de los sayones.

—Al torreón. Allí estará cerca de Monseñor y de la sala del tormento y luego os costará menos trabajo arrastrarla.

Pronto llegaron a la puerta del calabozo. Un esbirro que actuaba de carcelero y cuyo rostro estaba enteramente cubierto por obscuro cauchón, hizo rechinar la llave en la cerradura y unos segundos después, Carlota ocupaba el reducido recinto donde debía esperar mayores acontecimientos.

Los gruesos muros de la prisión la desalentaron. Disponía de un miserable lecho compuesto por un jergón colocado sobre estrecha tarima y a la altura de su cabeza descubrió una ventana circular de regular tamaño practicada en la piedra y protegida por tres férreos barrotes paralelos.

Carlota corrió hacia la pequeña comunicación con el mundo que acababa de abandonar. Hízole bien el aire de la noche que oreó su frente calenturienta y mitigó la profunda angustia que amenazaba cerrar su garganta.

Luego alzó las pupilas y al descubrir las estrellas en sus luminosos gero-

glíficos de maravilla, la paz del espacio infinito, sintió también la paz dentro de su espíritu cuando tan cerca se hallaba del tormento y de la muerte.

Súbitamente despertó de aquel dulce ensimismamiento. La llave había resonado en la cerradura. ¿Era la cruel realidad que llegaba a romper todas sus ilusiones? ¿Acaso la dicha que la redimía junto al abismo?

## III

## UN EXTRAÑO ENCUENTRO

Preciso es, antes de proseguir, que busquemos al malhumorado bufón que de tan original y extraña manera había penetrado secretamente en el tenebroso edificio de la Inquisición.

¿Habría olvidado las órdenes de la Reina? ¿Por el contrario se disponía a cumplirlas? Pronto hemos de verlo.

Tatouner no desconocía las cárceles del Santo Oficio. Si bien nunca por su fortuna las había visitado, algunos de sus conocidos sufrieron en la espantosa cámara del tormento y aun varios esbirros habían celebrado su patizamba figura bebiendo a su costa.

De tales relaciones sacó el bufón un conocimiento casi exacto del interior del edificio y esto debía servirle en gran manera al hallarse en los instantes a que nos referimos.

Una vez que Carlota salió del vehículo, Tatouner encogióse cuanto pudo bajo el asiento y esperó a que desenganchados ya los caballos, guardaran el pesado carruaje bajo las anchas y tenebrosas arcadas.

Minutos más tarde se halló solo.

Nadie le vigilaba. Entonces salió de su escondrijo y casi a rastras, caminando bajo los arcos de piedra, llegó al pie de ancha ventana abierta en la portería del edificio.

Antes de ganar el alféizar, pues tal era su intención, reflexionó profundamente mientras se arrugaban sus cejas en un gesto de indecisión.

—Lo peor sería que fueran falsos mis informes. Si las llaves no están duplicadas todo se ha perdido. Si lo están andaremos por camino seguro.

Saltó ágilmente, salto de felino que le llevó a quedar sentado sobre el alféizar y desde allí a favor de un pequeño revertero que colgaba de la techumbre pudo descubrir al dominico que actuaba de guardián. Dormía éste con los brazos cruzados sobre una pequeña mesa y el rostro echado sobre ellos. A su espalda advertíase un ancho tablero, en el que se hallaban gran número de llaves.

Pronto descubrió Tatouner la que necesitaba, pero existía un gran inconveniente para alcanzarla. Además del guardián otro fraile permanecía en la estancia. Este se paseaba lentamente con un pequeño libro abierto entre las manos.

El bufón vaciló un instante pero dispuesto a no retroceder descendió lo más levemente que pudo hasta el pavimento de la estancia. Ya en él y cuando se dirigía resueltamente al llavero tuvo la desgracia de resbalar y al chocar sus rodillas sobre la piedra produjo un leve ruido que atrajo la atención del lector. Tatouner estaba perdido y así hubiera ocurrido en efecto si el bribón, hombre de circunstancias, no hubiese aprovechado su propia fealdad en aquellos instantes comprometidos.

En lugar de retroceder avanzó a rastras hacia el centro de la estancia.

Su ancha boca reía terriblemente, las pupilas brillantes revolviéndose rápidas y las manos anchas como garras barrían levemente la piedra. Su contrahecha figura despertó en el fraile un súbito temor. De su garganta escapóse un grito de profundo espanto y arrojando el libro corrió hacia la salida del aposento, mientras gritaba:

—¡Jesús me valga! ¡El diablo!

Tatouner retrocedió en aquel instante yendo a refugiarse tras un viejo armario mientras el guardián despertaba sobresaltado.

Algunos frailes acudieron a la portería, entre ellos el asustado lector que hubo de sufrir burlas y reprimendas por su súbito espanto.

Un fraile anciano hubo de exclamar:

—Véis el demonio porque lo habéis hecho dueño de vuestro espíritu. Lo diré al inquisidor y algunos disciplinados os servirán de saludable escarmiento.

Entre tanto el bufón, cuyo refugio estaba cerca de la mesa, descubrió sobre ésta un vaso mediado de vino. Extrajo una pequeña redoma que guardaba en su escarcela y mientras vertía su contenido en el vaso murmuró:

—El guardián, si bebe, dormirá hasta el nuevo día. Es cuanto necesito.

A los pocos minutos la calma restablecíase en la portería y el guardián malhumorado contra el asustadizo que había interrumpido su sueño, sentóse de nuevo junto a la mesa para reanudarlo.

De pronto sus pupilas detuviéronse en el vaso y empinándolo sobre sus labios consumió el contenido hasta la última gota.

El bufón esperaba. Vió como el guardián pugnaba por alzarse de la silla sin conseguirlo y por último advirtió como la cabeza del fraile derrumbábase sobre el grasiesto tablero de la mesa.

Aquel era el momento y Tatouner lo aprovechó resueltamente. Un instante después la llave duplicada del calabozo de Carlota estaba en sus manos.

Salió de la portería por donde mismo había entrado y rodeando el patio bajo la sombra de las pétreas arcadas ganó por fin el pasillo que conducía al torreón y un instante después produciendo como sabemos en Carlota una viva sorpresa, la llave chirriaba en la férrea cerradura.

El bufón acabó de abrir y antes de penetrar en el calabozo, observó por si alguien podía descubrirlo. Lejos escuchábanse los pasos del carcelero. Penetró rápido en el torreón y cerró el calabozo interiormente.

#### IV

#### UN AMIGO ABNEGADO

—¡Tatouner!—suspiró Carlota.

—¡Silencio! El carcelero se acerca y milagrosamente he podido evitarlo.

—Pero... ¿Cómo has conseguido?...

—Eso no te importa. Las mujeres sois curiosas hasta cuando la muerte os amenaza.

—¿Tenías otra llave?

—No la tenía pero la tengo, que no es precisamente lo mismo.

Carlota guardó silencio unos instantes. Pensaba que con haber llegado el bufón a su calabozo poco podría adelantarse. Le pareció que de todas maneras la fuga sería imposible. Entonces...

—¿Para qué has venido, Tatouner? Si atravesamos la puerta nos sorprenderán irremediablemente y...

—¿Quién ha pensado semejante desatino?

—Entonces... ¿A qué vienes?

—¿Quieres callar de una vez, charlatana? Si nos mandan a los dos a la hoguera tu tendrás la culpa.

Una vez pronunciadas estas palabras el bufón fijó las pupilas en la ventana.

—¡Imposible!—exclamó tristemente Carlota—. Tus manos no pueden arrancar esos barrotes.

Tatouner dejó escapar una sonrisa desdeñosa y replicó:

—¡Pero pueden cortarlos!

—¿Cortarlos?

—¡Calla!

El bufón desenrolló una sierra finísima que apenas brillaba como argentado cabello, bajo la luz de las estrellas y ante las admiradas pupilas de la prisionera que había retrocedido hasta el fondo del calabozo, comenzó rápidamente su trabajo. La sierra cortaba silenciosa y ligera los gruesos barrotes que protegían la ventana.

Hubo instantes durante su labor en que tuvo que suspenderla.

Rumores que parecían acercarse rompiendo el silencio de la noche. El tintineo amenazador de las llaves del carcelero que se apagaba suavemente en el abismo de muda y lacerante inquietud.

Voces lejanas de centinelas saludando el misterio nocturno. Tras la pausa inquietante, el trabajo se reanudaba.

Carlota no pudo dominar su silencio por más tiempo:

—¿Vas a sacarme de aquí, Tatouner? ¿Vas a llevarme con la Reina?

—¿Y yo para que te quiero, estúpida? ¿No irás mejor en los brazos de Alonso?

—¿En los brazos de Alonso? ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Al fin escapó!

—Si ha sabido aprovechar los instantes, no te digo que no. Los corredores de palacio ocultan muchas traiciones, cada puerta es un abismo, en cada pared puede abrirse una senda de muerte. ¡Ya lo sabes tú!

—¡Pero se salvó, pero está libre!...

—Lo libertó el Rey y encarceló a su pare. Si Alonso te quiere vendrá por tí y si no lo matan...

—¡Calla! ¡Te complaces en inquietarme!

—¡Te digo la verdad!

—¡Calla!

De pronto, Tatouner clavó sus miradas más allá de la reja. Carlota le vió alzar enérgico su mano ancha y deformada.

—Ya viene—dijo después.

—¿Quién?

—Alonso, tu enamorado.

—¡Dios mío!

—Silencio. ¡Ya llega!

Y el bufón dejó caer desde la ventana una fuerte escala de seda.



## ¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

# AVENTURAS PRODIGIOSAS

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- LA AVENTURA INFANTIL.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
JACK Y DOLLY (Emocionantes aventuras de dos huérfanos alrededor del mundo).—18 cuadernos a 10 cts. cuaderno.  
ROCK (Emocionantes heroísmos y luchas prodigiosas de un muchacho intrépido).—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
LOS HEROES DEL AIRE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
RAUL, EL PAJE VALEROSO.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
CABRIOLA, EL SALTIMBANQUI PRODIGIOSO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
MILIN, EL REY DE LA AUDACIA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TRIC Y NELLY (Aventuras de dos huérfanos en tierras de canibales).—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
NÉD, EL REY DEL AIRE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FANET (Extraordinarias aventuras de un intrépido grumete).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
KIT, AVENTURAS DE UN NIÑO ROBADO.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TIT, EL HIJO DE SHERLOCK HOLMES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FLORDELIS, EL PEQUERO MOSQUETERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BOB, EL PEQUERO DETECTIVE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
QUIQUET, EL REY DE LOS AVENTUREROS.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
QUINTIN, EL BOLIDO HUMANO.—42 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BALA SEGURA, EL PEQUENO HEROE DE LA PRADERA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
PILDORITA, EL GOLFILLO AVENTURERO.—16 cuad. a 10 cts. cuaderno.  
TONI (Aventuras de un joven español en el país de las pieles rojas).—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FANFAN (Prodigiosas aventuras de un muchacho intrépido y valeroso).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
PAKO, EL REY DEL VALOR Y DE LA FUERZA.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TINO, EL INTREPIDO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
KIKI (Prodigiosas y heroicas aventuras de un niño huérfano y pobre a través del mundo).—36 cuadernos a 10 cts. cuaderno.  
RATAPLAN, EL TAMBORILERO DEL REGIMIENTO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EN BUSCA DE AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FRÉD (Heroicas aventuras de un joven ahogado y valeroso).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DELFIN, EL GRUMETE DE LOS CORSARIOS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
AVENTURAS DE RINTINTIN, EL PERRO JUSTICIERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
RALPH, EL PEQUERO DETECTIVE.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
AVENTURAS DE DOS HUERFANOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
WALTER, EL PEQUENO SALTIMBANQUI.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL BARON MISTERIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
HALKER NOWE, EL PEQUERO CORSARIO.—4 cuad. a 10 cts. cuaderno.  
EL PEQUERO AVENTURERO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL CLUB DE LOS ENMASCARADOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DECKER DOW, EL TERROR DE LAS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
JACK WILLS, EL TERROR DE LA PRADERA.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.  
DEKER, EL TERROR DE LOS PIRATAS.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.  
TARARI, EL VALIENTE CORNETIN.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FLORIAN, EL CADETE DE LA REINA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TITAN DE BRONCE (Aventuras de un capitán de 20 años).—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FERMIN DE CASTRO, EL GUERRILLERO FANTASMA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

Dichas obras puede Vd. adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA